

doblaje antiguo, elemento este último que produce una extraña sensación de eco. Esta maravillosa copia mostrada por Filmmax desorienta tanto al espectador, que, en honor a la verdad, hay que volver a ver la película para llegar a entender el fragmento de diálogo donde estas desventuras se producen. Y esto, sin contar con que, de ser el cine Roxy A, también de Madrid, deberá volver a verse la película en su integridad en otro local, dado que la ausencia de una proyección mínimamente correcta impide contemplar un solo plano (y hace un momento hablábamos de panorámicas y colectividades) como realmente es necesario; así se puso de manifiesto el día del estreno, donde se produjo una protesta asombrosamente masiva de los espectadores. ■ DIEGO GALAN.

Con la sombra de McCarthy al fondo

Quizá los nombres de Fredric March, Richard Conte y Larry Parks —los tres actores norteamericanos que acaban de morir la pasada semana— se entrecruzaron una vez en su vida: cuando los días del tristemente célebre Comité de Actividades Antiamericanas, que reunió en la defensa de la libertad o en el miedo, en las «listas negras» o en la delación, a todo Hollywood. Cada uno de estos tres actores hoy fallecidos participaron en el largo período de la «caza de brujas» a muy distinto nivel, pero todos en el lado que creía en la democracia, que se sentía heredero del espíritu literal y crítico que trajera Roosevelt. El más comprometido fue Larry Parks: perteneció al grupo de los 19 «testigos inamistosos» que se negaron en 1947 a declarar ante el Comité basándose en la Primera Enmienda de la Constitución. No llegó a ir a la cárcel, como diez de sus compañeros (los «diez de Hollywood»), porque el Tribunal que les juzgó por desacato



El recientemente fallecido Fredric March, en compañía de Myrna Loy y Lucille Ball, realizando una emisión de radio para el Comité de la Primera Enmienda que apoyaba —en 1947— a quienes se habían negado a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas.

al Congreso cerró bruscamente el proceso —debido a la presión de unos medios profesionales que se sentían más y más ultrajados— antes de que le llegara su turno. Cuando las actividades del Comité se reanudaron en la primavera de 1951, Parks fue obligado a declarar, y ante las preguntas del senador McCarthy, ahora cedió, delatando a varios sospechosos de izquierdismo, aunque dejando también constancia de su disgusto por lo que se veía forzado a hacer. Fue bastante para que la Columbia le rescindiera el contrato, y se le incluyese en las «listas negras», quedando así abortada una de las más prometedoras carreras de finales de los años cuarenta, dentro, especialmente, de los films musicales. Once años pasaría Larry Parks en el ostracismo, hasta que Huston le llamó para intervenir en «Freud» (1962), cuando ya había perdido su juventud.

Richard Conte, que formó parte activa del Comité de la Primera Enmienda, creado para ayudar a los «testigos inamistosos», conocía también a Parks de su paso común por el Group Theatre, ambos habían nacido en el mismo año y tuvieron su oportunidad en fechas similares: Conte, en «Odio entre hermanas», de Mankiewicz (1949), aunque luego quedase reducido a papeles de composición. No así Fredric March —perteneciente a ese Comité de la Primera En-

mienda, en apoyo del cual hizo varias emisiones de radio—, el más famoso de los tres actores hoy desaparecidos, con dos Oscar a su espalda («El hombre y el monstruo» y «Los mejores años de nuestra vida»), e interpretaciones tan notables como la de «Una mujer para dos», de Lubitsch. Significativamente, como dato de una época, cuando Parks se veía postergado, March tenía que interpretar «Fugitivos del terror rojo»... ■ F. L.

«Malas tierras»

Premio a la mejor película y premio al mejor actor (Martin Sheen) fueron dos sorpresas —por justificadas, en un palmarés lleno de arbitrariedades— de las que la lista de premios del último Festival de San Sebastián nos dio. Pero son premios que encierran también su contrapartida, y aunque de hecho «Badlands» (título original de esta película) fue una obra sorprendente en aquel Festival, lo cierto es también que el premio gratifica su escasa combatividad, o, en todo caso, su ambigüedad. En un panorama cinematográfico como el de nuestros días, donde el cine ha comenzado a llamar las cosas directamente por su nombre, en una militancia política fuera de toda duda (como quedaba claro en el Festival de Benalmádena, que se coloca siempre en las antípodas del de

San Sebastián), «Badlands» (o «Malas tierras») conserva todavía un regusto por la recreación «artística» al viejo uso hollywoodense. No es esto en sí mismo un «reproche» a la película (lo que sería absurdo, ya que habría que entenderla, antes que nada, en sus propias dimensiones), sino un intento de explicación de este premio del festival donostiarra.

De hecho, «Malas tierras» se remite en primera instancia a toda una tradición cinematográfica, o cuanto menos a una cultura cinematográfica, de la que tanto el autor, como su principal personaje toman datos anecdóticos y un concepto general del arte y de la vida. «Malas tierras» sería, en este sentido, un reflejo de la proyección que el cine tiene en la vida cotidiana de un país mitificado en las imágenes cinematográficas e incapacitado para recibir a ese mundo del cine en su propia realidad. Terence Malik, director de «Malas tierras», narra en tono de balada la historia de un joven marginado (un «loser», para utilizar la terminología que el propio cine ha fomentado) y su necesidad de superarse a través de la imitación de un mito cinematográfico. Su parecido con James Dean le hace sentirse igualmente ese «joven rebelde» que el fallecido actor personificara; añadiendo elementos de Bonnie y Clyde y del «western», el joven protagonista de «Malas

tierras» no entiende que la estructura social en la que vive le permita otro tipo de escapatoria que la del enfrentamiento violento. Pero el suyo (y aquí reside el gran acierto de la película) es un enfrentamiento más estético que revolucionario. Kit se siente «obligado» a interpretar su papel, a continuar el camino para el que ha sido hecho. La ingenuidad de sus planteamientos, sus errores, el tono casi inocente con el que mata y roba, no hacen en la película sino el proyectar en su entorno la auténtica causa de la odisea, aunque, por supuesto, sin llegar ni pretender una «denuncia social» a la vieja usanza.

Desgraciadamente, el doblaje español ha eliminado gran parte del sentido de las reacciones de este personaje, así como del de Holly, la chica que le acompaña. Mientras en la versión original la voz del excelente actor Martin Sheen sabía matizar en todo momento las auténticas causas de sus reacciones, y la aguda vocecilla de Sissy Spacek (la chica) daba un tono de candor a sus expresiones, en España esto se ha trucado, y resulta que Martin Sheen es doblado por una monótona y fría voz de «gangster» de cincuenta años, y Sissy Spacek, por la de una mujerona, madre de familia numerosa y con frustraciones sexuales. Nada de lo que había en el original, en este sentido, ha permanecido en la versión española. Y es que «Bad-

lands» es claramente uno de esos títulos que hay que respetar en su integridad, porque sólo así conserva su verosimilitud y su sentido. ■ D. G.

ARTE

Acabo de regresar de Galicia. Es que los patronos del Museo Carlos Maside de Sada (La Coruña), Isaac Diaz Pardo, Luis Seoane y el arquitecto Albalat, me comprometieron para que fuese yo allí para hablar en un acto que se realizó en homenaje a Alberto, el escultor, juntamente con Jorge Lacasa, el arquitecto sobriño de Alberto y el escritor Rafael Dieste. Como ese Museo —de arte moderno gallego, fundamentalmente— está enclavado en El Castro de Sada, cerca de La Coruña, y en los dominios del Laboratorio de Formas de Galicia, y pertenece al mismo complejo de actividades a las que pertenece el recuperado Sargadelos —en Lugo—, donde, como en El Castro, se está realizando una gran experiencia cerámica; como yo quise conocer —y conocer— tanto el trabajo de El Castro como el de Sargadelos, todo ello me permitió viajar algo por las fas-



Moreno Galván, Jorge Lacasa y Rafael Dieste, de izquierda a derecha, durante el acto homenaje al escultor Alberto en el Museo Carlos Maside, en Sada.